

El Combate de la Isla Tercera

Una intervención de Francia en tiempos de Felipe II

Por Araceli de Silva
Duquesa de Almazán

El rey Felipe se halla en Lisboa. Corren los meses del verano de 1582 y julio apunta sus calores a la orilla del Tajo, sacudiendo apenas la ancha vena que trae sabor de las cosas de España. Ante el trabajado bufetillo de su cuarto de palacio de Thamar escribe a las infantas sus hijas para decirles que "va mejorando, aunque algo despacio. De dos o tres días a esta parte me parece que es más apriesa, aunque todavía tomo xaraves a las mañanas, y bien vellacos porque tienen ruybarbo, y bevo una vez de dos que bevo de agua de agrimonia. Espero qu'estaré presto bueno del todo, si Dios fuese servido dello".

Esta enfermedad que le trajo hace un mes la gota, por la que le sacaron varias onzas de sangre, le aqueja menos que las preocupaciones que en aquel momento inquietan su ánimo. Los enemigos de siempre, peores que el "ruiybarbo" y el "vellaco xarave", siguen trabajando contra su poderío, oponiéndose al ansia de grandeza de España. Hundido en su sillón frailuno, a través del ventanal abierto, brillante como una pupila, contempla el Tajo, y su fluir continuo parece deslizar ante sus ojos el recuerdo de las cosas pasadas y el anuncio de las que habrán de ser historia de esos tiempos.

Medita y piensa. Siempre había despertado celos en las potencias europeas su creciente poderío. La separación del Imperio de los dominios españoles había atenuado un tanto la actitud de violencia en que se hallaba Europa frente a España: en la primera parte de su reinado, tras de Cateau-Cambresis, nada alteró la paz europea, aún cuando Francia e Inglaterra atizaron y favorecieron, solapadamente, el fuego de las discordias.

Pero al iniciarse el problema de la sucesión en Portugal y presentar su candidatura al trono de este reino, conmoviéronse de nuevo las cancillerías europeas, considerando el posible peligro que para la estabilidad política de Europa suponía la incorporación de Portugal a la Monarquía española. A

partir de entonces, las potencias occidentales más interesadas en impedir la realización de la unidad ibérica habían tratado de oponer obstáculos a su logro, tan pequeños y débiles, no obstante, que sin esfuerzo los pudo anular él.

Francia e Inglaterra, no atreviéndose a colocarse en una actitud de franca hostilidad, se habían limitado a prometer su apoyo moral y material a los rebeldes, capitaneados por don Antonio, prior de Crato, creyendo que con éste se alzaría casi todo Portugal y que España se vería envuelta en una larga y costosa guerra. Más no fué así, pues don Antonio, el prior, no dejaba de ser un aventurero, ni Francia e Inglaterra, entre ellas también mal avenidas, como gallinas que picoteaban en el mismo corral, podían prescindir de sus mutuos recelos políticos ni se habían atrevido a enfrentarse abiertamente con el soberano español.

El rey recordaba cómo había tenido la certeza de que un día u otro, clara o arteramente, no se harían esperar los ataques de los eternos enemigos, apoyando y sosteniendo a los que se habían declarado en contra de la soberanía española. Sus embajadores en Londres y en París, don Bernardino de Mendoza, y don Juan de Vargas Mexía le daban cuenta detallada y minuciosa de todo lo que se tramaba en ambas Cortes. Y sabía muy bien que tanto Isabel de Inglaterra, con su virginal perfidia, como Enrique III de Francia, con su abulia invertida, actuaban solapadamente, aunque de este último escribía el embajador del rey: "El rey cristianísimo no hará nada contra Su Majestad, pero holgará él y toda Francia que la guerra de Portugal dure diez o doce años, pues dicen que si Su Majestad se hace rey de Portugal dará ley a todos los pueblos".

Su peor enemigo era la reina Catalina de Médicis, la italiana gordiflona, supersticiosa y nigromántica, horra de malas intenciones, intrigante y falta de escrúpulos, que se pasaba la vida urdiendo conjuras e intrigas contra el rey español, y prestando su apoyo, su influencia y su dinero a los rebeldes portugueses refugiados en su corte. La actividad de Catalina se intensificó cuando llegaron a Francia los primeros rebeldes portugueses, y hubiese hecho más de no contar con la pasividad blandengue de su hijo Enrique. Al recibir en la corte francesa las noticias de los triunfos españoles en Portugal, y considerar a este reino sometido al poderío español, se enfriaron un tanto los entusiasmos de Catalina de Médicis, pero no se olvidaron.

Las desesperadas peticiones de auxilio formuladas por don Antonio, derrotado y errante a través del reino, ofreciendo compensaciones territoriales a Francia e Inglaterra, no habían tenido mejor resultado.

Pero las andanzas del prior de Crato le inquietaban y dos años hacía

que había surgido aquel hecho, que hoy le tenía intranquilo y anhelante. Jamás pudo suponer que ninguno de los territorios del imperio portugués pudieran ofrecer una resistencia del nuevo monarca. Algunos portugueses le recomendaron la conveniencia de asegurar con presteza la obediencia de las Azores, pues de no ser así aquello podía acarrear peligros muy serios al rey Felipe.

La isla Tercera, era entre todas las de Azores, la más importante. Sus habitantes vivían pacíficamente, y apenas habían sufrido los efectos de Alcazarquivir y las consecuencias del mismo, aun cuando las opiniones anduviesen divididas en el pleito de la sucesión de la Corona.

El primero en solicitar el apoyo de la Isla Tercera fué el prior de Crato, y al ser recibida la noticia de su proclamación en Santarem, el corregidor de la Isla, Cipriano de Figueiredo, juntamente con la Cámara y el procurador de la ciudad de Angra, aclamaron por rey a don Antonio. Este ejemplo lo habían seguido las demás islas, y el partido castellano, escaso, pero fuerte, formado por el obispo del archipiélago don Pedro del Castillo, los jesuítas y otras personas más, no se atrevió a oponerse a lo hecho en la isla Tercera, pero consiguió que las islas de San Miguel, Santa María, Flores y Cuervo se declararan a favor de Felipe II.

Derrotado don Antonio en la metrópoli, y errante por ella, convirtiéndose la isla Tercera en el último baluarte de la resistencia contra el monarca español, y donde, contando con el apoyo de Francia e Inglaterra, podía prolongarse la lucha. La llegada a Francia, después de un accidentado viaje a través de España de don Francisco de Portugal, conde Vimioso, mal llamado condestable del rebelde prior, vino a intensificar los trabajos que se venían haciendo por elementos portugueses cerca de Catalina de Médicis para llevar auxilio de naves y tropas a don Antonio.

El prior había huido de Portugal, refugiándose en la Corte inglesa, donde, según noticias, había comenzado a intrigar sin obtener ayuda decidida. Desesperado el de Crato del poco apoyo de los ingleses, contáronle que pasó a Francia, atraído por las promesas de Catalina, y recordaba cómo un año antes había enviado el rey a Ambrosio de Aguiar para que se dirigiera a las Azores e intentara pacíficamente someter las islas sublevadas.

Pero la gestión había fracasado, y para no cejar en la empresa se dispuso el envío de una nueva flota, al mando del asturiano don Pedro Valdés, con el fin de proteger la Armada, que había de llegar de América, y que había de fondear en la isla Tercera. Pero también, tras varias vicisitudes, esta expedición había sido rechazada furiosamente, y hubo de retirarse en franca dispersión ante el empuje de los habitantes de la Tercera.

El triunfo obtenido enardeció a los naturales de la isla, que formaron

un ejército de seis mil voluntarios para prevenir un nuevo ataque de la gente española. El fracaso sufrido había llevado al ánimo del rey la evidencia de que la conquista de las Azores era empresa difícil, y más aún si el de Crato conseguía la ayuda de Francia e Inglaterra, de donde saldrían naves y tropas, volcándose en su auxilio. De ahí sus recelos ante las noticias recibidas de sus embajadores. El prior de Crato y el conde de Vimioso desplegaban gran actividad en Francia para expedir socorros a la isla Tercera, consiguiendo el envío de algunas compañías de soldados, artillería y municiones para la defensa de la isla, mientras se organizaba la gran expedición. Sabía que el pretendiente, a fin de obtener el apoyo decidido de Francia, había prometido a Catalina la entrega del Brasil si se le proporcionaban los elementos necesarios para la expedición que proyectaba. Llevada la francesa de su odio al monarca español, accedió a lo solicitado por el prior, logrando que Enrique III tolerase los armamentos que se hacían contra el rey católico. El don Antonio portugués había logrado reunir una fuerte armada, compuesta de 58 naves, y un ejército de desembarco de 6.000 hombres, capitaneados por Felipe Strozzi, hijo del mariscal del mismo nombre. En dicha escuadra embarcáronse don Antonio, el Conde de Vimioso, Diego Botello y todos los portugueses rebeldes que se hallaban en Francia, amén de muchos franceses que cambiaban su condición de soldados por la de aventureros. Y así se hicieron a la vela, con rumbo a las Azores, en 16 de junio de 1582.

Para oponerse a esta empresa el monarca español designó como jefe de la tropa española a don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, y al recibir la noticia de que la Armada de don Antonio había salido del puerto francés de Belle Isle dió orden al marqués de hacerse a la vela sin esperar a Recalde, que en Sevilla reparaba otra flota como ayuda y socorro. El 10 de julio habían abandonado el estuario del Tajo las 26 naves y un ejército de más de seis mil hombres, marcando rumbo hacia las Azores, para mantener el pabellón de España...

En todo esto pensaba el rey Felipe aquella tarde calurosa, en que las aguas quietas del Tajo le traían memorias pasadas y le espejeaban las por venir. Ahora aguarda, ansioso y confiado, noticias muy importantes en relación con tales hechos. Supone y espera que las naos de Bazán han de realizar algo definitivo que ponga fin y solucione la empresa emprendida. Porque confía en Bazán como en sí propio, y cree en la ayuda de éste y en la de Dios, esperando que ambos desharán aquellas artimañas engañosas de los dos pueblos "amigos", pero enemigos siempre.

Y la pluma que rasgueara ternezas para las infanticas ausentes, se que-

da blandamente dormida sobre el rugoso papel de las misivas, en espera de las inquietas nuevas...

II

Buenas son la que le llegan al rey Felipe. Apresurado, jadeante casi y muy gozoso se presenta al monarca el enviado del marqués de Santa Cruz, don Pedro Ponce de León, sobrino suyo, que el 4 de agosto salió de Villafranca, en la isla de San Miguel, llegado hoy, día de San Bartolomé. Es la mañana radiante de tal día de agosto memoria de otro, francés, que recuerda matanzas crueles e indiferentes, y en la antesala se nota gran revuelo porque se han adivinado y conocido las gloriosas nuevas. El mensajero ha llegado a presencia del monarca y tras del saludo cortesano, devoto y temeroso, dale cuenta de los acontecimientos con voz reposada, pero vibrante de entusiasmo. Y el rey escucha atento lo ocurrido.

Habla el emisario: "La armada del marqués había salido con muy mal tiempo, que duró tres días, pasados los cuales Dios fué servido de darles otro más favorable, continuando su viaje así hasta el 21 de julio, en que descubrieron San Miguel y el día siguiente que era domingo y 22, avistó Villafranca, que es lugar de 500 casas. Envió el marqués a la isla algunas personas, pero no les dejaron llegar a tierra, cubriéndoles de arcabucazos, y diciéndoles un clérigo que la isla estaba por su Majestad, y que no sabía nada de la Armada de Francia. Oído lo cual por el marqués y viendo que uno de los pataches enviados se hallaba en poder de un navío francés y de unas barcas que salieron de tierra, entendió que la isla estaba rebelada. Envió a llamar a don Lope de Figueroa, maestre de campo general, para tratar de echar un buen golpe de gente a tierra y poner pie en Villafranca y hacer aguada, y tras enviar a los capitanes Miguel de Oquendo y Rodrigo de Vargas a reconocer la parte donde podrían surgir, los de la gabia del galeón capitana empezaron a descubrir navios por la parte de Punta Delgada, donde se asienta la población principal de la isla y la fortaleza, y pareciéndole al marqués que aquello podía ser la armada enemiga, abandonó el designio que llevaba y fuese a la vuelta de Punta Delgada, donde luego se descubrieron más navíos, con lo que entendió que aquella era la Armada de don Antonio".

Y así era, efectivamente. Como después se supieron, los franceses se habían adueñado de Punta Delgada, y el prior de Crato había utilizado la rendición a las fuerzas que guarnecían el castillo, contestando éstas que resistirían hasta morir. Las gentes mandadas por Strozzi cometieron todo género de tropelías en la villa y se disponían a desembarcar la artillería

para atacar el castillo cuando apareció en el horizonte la flota de don Alvaro de Bazán.

“Acercóse nuestra Armada a la enemiga, y habiéndola ya reconocido, porque se salía a la mar, visto que eran más de sesenta velas, entre grandes y pequeñas, el marqués juntó a consejo y con parecer de don Pedro de Toledo, del maestre de campo general, del marqués de la Favara, de don Pedro de Tassis, veedor general y del maestre de campo don Francisco de Bobadilla, y otros capitanes y caballeros que fueron llamados, resolvió que se presentase batalla y fueran a pelear con la armada enemiga, la cual hizo lo mismo, situándose en orden de combate. Mandó después el marqués enarbolar el estandarte de zafarrancho, y tiró una pieza, y envió a los capitanes Maronil y Rodrigo de Vargas para que discurriesen por toda la armada, dando a conocer la orden de batalla. Al lado derecho de la nao capitana colocó el galeón “San Mateo”, en donde iba el maestre de campo general, y el véedor, y al izquierdo, la nao que mandaba el maestre de campo Bobadilla y cuatro de socorro, repartidas las diez guipuzcoanas entre las otras naos, con los capitanes Oquendo y Villaviciosa.

“Hecho como se ordenó, con mucho estruendo de pífanos y atambores, y las banderas tendidas, marchó la armada para embestir a la enemiga, la cual venía contra la nuestra en buen orden. Pero cambió el viento y hubo que desistir del combate. En medio de las sombras de la noche, y en la calma de la espera, llegóse al galeón capitana el maestre de la nao “Catalina” en una pinaza con cinco marineros vizcaínos y un billete de don Juan de Castillo, capitán de la fortaleza, en el que le decía al marqués: “Esa armada de don Antonio que ahí va tiene 58 velas; las 28, gruesas, y las demás, pequeñas. Tiene seis mil franceses. Si la nuestra no es poderosa para pelear con ella, se podrá arrimar a esta fuerza, pues está por el rey, nuestro señor, y vea vuesa merced que se aventura mucho si se pierde”. El marqués, alegre y confiado, después de informarse de todo lo que ocurría, escribió con los mismos al capitán y gobernador y a los demás del castillo, animándoles y haciéndoles saber “como la armada de Su Majestad en que venían se hallaba pujante y muy buena, y mucha gente embarcada en ella, que esperaba en Dios que el día siguiente había de dar la batalla y tener victoria, y que así estuviesen contentos como él lo estaba del servicio que habían hecho a Su Majestad, y así se lo representaría para que se lo gratificase”.

Cinco días transcurrieron en escaramucillas y maniobras hábiles de las dos escuadras. Al amanecer del 26 de julio inicióse la lucha. La armada de don Alvaro se colocó en línea de combate; la del de Crato y sus franceses se dividió en cinco grupos de naves, sin perder el enlace unos con otros

y atacar así las cinco naos principales de los españoles. El combate, que duró cinco horas, fué de una violencia extraordinaria. La pericia en el mando de Santa Cruz suplió con exceso la inferioridad de la escuadra. Por ambas partes se peleó con singular denuedo. Antes de finalizar el combate el marqués había dado otra última vuelta sobre los enemigos, tirándoles muchos cañonazos, y "proa con proa de la capitana enemiga se embistieron y barluaron capitana con capitana, tirándoles la una a la otra gran suma de cañonazos, arcabucería, mosquetería y pedradas por espacio de una hora que se tardó en rendirla, en donde se degollaron más de trescientos franceses". El marqués, como general, andaba por los alcázares, animando a las gentes y mandando cargar a los enemigos. La batalla de las otras naos se proseguía, dando y recibiendo grandes cargas, con idéntica confusión y resultado. Y así al cabo huyeron los enemigos, muy desbaratados y vencidos.

"D. Antonio el de Crato había huído en un patache, junto con otra nao, la noche antes de la batalla. Echáronse a fondo algunas naves, y otras quedaron desamparadas, habiéndole degollado a los de dentro y huído algunos otros navíos, y por no poderles dar cabo las nuestras, ni tampoco embarcarse, mandó el marqués que se quemaran y desfondasen las que pudieran, como así comenzó a hacerse. Hacíase cuenta que en la capitana francesa se degollaron unos cuatrocientos hombres, porque con los que ella traía y con los que le entraron de socorro se entiende que pasarían de setecientos los que pelearon allí, y en la almiranta, que la dejaron medio anegada las tres naos que la tenían embestida, se sabe que murieron más de doscientos hombres. Y de una de las que se fueron al fondo se ahogaron trescientos soldados que no escapó de ellos más que su capitán. De las demás se degollaron muchos, especialmente de una que rindieron las naos de Guipúzcoa, que porque a la una le habían muerto algunos vascongados, los degollaron ellos a todos, y a esta cuenta parece que los enemigos muertos allí son mil doscientos, sin los heridos, que son muchos más, a más de los que irían en las naos que huyeron. Cobráranse muchas naos enemigas a tener las nuestras más espacio y sobra de marineros. Pero las dejaban ir sin gente, desamparadas y así se vió que la almiranta, que se dejó anegada, y otras cuatro o cinco naos, habían dado al través en la misma isla de San Miguel".

Las pérdidas españolas, por el contrario, sólo fueron 533 heridos y 224 muertos.

El emisario, mucho tras esos detalles, entrega al rey como muestra palpable de la engañosa participación francesa, la relación de los que de este país iban en las naves derrotadas.

Y el rey lee, pausada y golosamente:

“Las personas principales que venían en la armada, y las que en ella fueron presas y murieron y los que huyeron:

“Felipe Strozzi, general de la armada, fué preso herido de un arcabucazo, de que luego como le trajeron delante del marqués, murió.

El conde que llamaban de Vimioso fué preso herido de arcabucazos y una estocada, de que murió en la capitana otro día después de la batalla.

El conde Brisac, lugarteniente de Felipe Strozzi, unos dicen que se salvó en un barco de su nao, viendo ya la rota, otros, que le acabaron de un arcabucazo, y no se sabe lo cierto.

Monsieur Beamont, maestre de campo general, murió en la batalla.

Los ocho cabos de otros tantos regimientos que dicen los franceses presos que venían en esta armada, y en ellos 6.800 soldados comprendidos los aventureros, de unos dicen que son muertos, y de otros, huydos.

Los señores de villas y castillos que se tomaron vivos en la armada:

Monsieur De Bocamayor, señor de la Rusela; M. Juan de Latos, señor de Feria; Guillermo de Sancler, señor de Sancler; Luys de Clen, señor de Brons; Pierre de Ubi, señor de Quenes; Gilbert de la Vuel, señor de la Vuel; Pierre de Bian; M. de Gal, señor de Gal; M. de Gisardi, señor de Gisardiel; M. de la Onet, hijo mayor del señor de Gresol; Oduart de Langet, señor de la Piel; Fabio Gancete, hijo del señor de Gancete; M. de Uda, señor de la Uda; M. Fransoins, señor de Montilla; M. Iagues Bay, hijo mayor del señor de Biopales; M. Robert de Lella, hijo del señor de Biopales; M. Robert de Lella, hijo del señor de Veosoli; M. Guillermo Mason, señor de la Falla; M. Rigart de Piloart, señor de Manteri; M. Beltrán de Amigat, señor de Stirujas; M. Pierre Iailato, señor de Sans; M. Felipe Menteti, señor de Sabrussa; M. Juan de Bocamayor, señor de la Rosilla; Claudio de Pomolin, señor de Pomolin; Jacobo Lasarean, señor de Lasarean; M. de Mondoc, señor de Mondoc.

Los caballeros prisioneros no señores de villas ni castillos:

Pierre de La Noy, hermano del señor de Gresol; François Fruto, hermano del señor de Erfaus; Claudio de Ardalla, Antonio de Coblát, Menserey, Pierre Lubin, capitán Iaquez, Martin de Tubelin, Iacobo de Iun, François de Xautonele, François Pietre, Mateo Lupi, Benit Torga, Roge Boonon, Nicolao Bitat, Tomás de Laveros, Juan de Ruzmana, Roberts de Babasterr, Guy de Muhusa, Iorge de Boas, Pier de Mativaya, Claudio de Musus, Roni de San Martín, Antonio Bordel, Miguel de Brusa, Guillermo Menart, Limesce, Pierre de Provor, Alesie de la Ribiera, François Pense, M. Antonio de Busto, capitán de Infantería; Pierre Forquete, capitán de Infantería; Claudio de Plomanen, teniente de M. de Beamont; Lapuell,

Menseroy, Boudios, Camer, Matheo Puy, Pierre de Matiban; Iauberdeo, el protomédico M. Abrahan, François Buezelli, Charles de Santebetu, Sabbat de Lices, Tomás de Lone, Pierre de Calamardier, Luis de Moest, Claude Nainoet, Doribac, capitán de Infantería; Eliat de Sajan, y Ano de Trevillo”.

Su Majestad ha quedado complacido por la conducta del marqués y sus hombres. Salió como él esperaba. Más picado de curiosidad, preguntó lo que había ocurrido con los prisioneros. Repúsole don Pedro Ponce que el marqués —gran humorista y gran justiciero—, viendo y constándole que al existir buena paz y hermandad entre Su Majestad y el rey cristianísimo, aquella armada de tantos aventureros, partidarios del de Crato, habían salido de Francia con ánimo de robar sus flotas de ambas Indias, y con intento de señorearse de sus islas y señoríos, como lo había emprendido en la de San Miguel, y que tenían, además, ánimo de cometer otros robos y piraterías, como pena por su delito y por la ofensa común que le hicieron al contravenir la paz pública, jurada, mantenida y guardada entre las dos Coronas y sus súbditos, “declaró a todos los presos por enemigos del reposo y bien común perturbadores del comercio, fautores de los rebeldes de Su Majestad, y como a tales y a públicos corsarios, robadores y piratas, ordenó al auditor general de la Armada que para castigo destes y escarmiento de otros semejantes executase en ellos pena de muerte natural, degollando a los nobles y ahorcando a los demás de diecisiete años arriba”, cosa que, ordenada en 1 de agosto, se ejecutó tal cual el mismo día.

Y la majestad del rey, que no ama ni entiende de traiciones, aprobó lo ordenado, y con una sonrisa rubricó la justicia, que se impuso a la felonía del enemigo...

Duquesa de Juana